

## ACTO DE HOMENAJE A CONCHA FERNÁNDEZ "Recordando a una tutora"



Viernes, 23 de abril de 2010  
12'30 horas  
Hospital Costa del Sol de Marbella  
Salón de Actos

José Antonio Prados  
Francesca Bonell i Carrà y  
Grupo Comunicación y Salud  
(vídeo-conferencia)

Presentación a cargo de  
compañeros y amigos de Málaga

### ACTO DE HOMENAJE A CONCHA FERNÁNDEZ

"Recordando a una tutora"

Organizado por la Unidad Docente de MFyC de Málaga

En primer lugar, quiero felicitar a los nuevos médicos de familia. Desde hoy dejáis de ser residentes para empezar a ser referentes de otros que vienen y, estoy seguro, de los que estamos. ¡Enhorabuena!

Dicen los que saben, que para llegara a la esencia del conocimiento, ya Sócrates empleaba un método de enseñanza basado en el diálogo entre el maestro y su discípulo. El nombre de este método, la mayéutica, que como digo daría sentido a la unión maestro-discípulo, parece que deriva directamente de la forma que por aquel entonces se llamaba al arte de las comadronas o al arte de ayudar a procrear, y ello en virtud de la idea de que el discípulo tiene inherente en si el conocimiento, y que éste que sólo necesita ser despertado por el maestro. Una idea parecida impregna la filosofía budista, quien vendría a decir que aunque las enseñanzas de una persona sean muy buenas, para éstas que cobren vida deberían ser transmitidas a personas de valor que fueran capaces de grabar estas enseñanzas en su corazón, compartir la intención del maestro y llevar a cabo el proceso de aprendizaje durante toda su vida.

Cuando hace unos días Daniel Prados me requirió para hablaros de Concha, no dudé en decirle que contara conmigo, pues estaba en deuda con ella. Debéis saber que fui..., soy, residente de Concha Fernández. Cuando terminé mi residencia se lo dije a ella personalmente, y hoy no me importa hacerlo público: pues si hay algo que permanece entre nosotros dos es un enorme sentido de gratitud de mí hacia ella, ya que Concha fue mi Maestra, mi "Sensei", como dicen los japoneses.

Como todos vosotros, estudié y aprendí medicina en la Facultad, y como a

mucho de vosotros, me iniciaron en las faenas de la investigación en la Unidad Docente algunos de los que hoy nos acompañan. A Concha Fernández le debo, ni más ni menos, el que me enseñara a ser médico; y lo hizo, sin dudas, con una habilidad extraordinaria.

Si me permitís, se me viene a la memoria un pasaje de Rafael Figueroa, en el que un discípulo increpa a su maestro preguntándole:

— Maestro, ¿por que al finalizar un relato no nos explicas su significado?

— Tienes razón — replica el maestro — Compensare mi falta obsequiándote una fruta. Escoge la naranja que desees.

Cuando el discípulo se disponía a pelar la fruta elegida, el maestro dice:

— ¡No, no, mi falta ha sido grande! ¡Permíteme pelar esta naranja para ti!

Una vez pelada la naranja, el discípulo se relamía pensando en disfrutarla. Al tomarla, el maestro lo interrumpe nuevamente:

— Permíteme cortártela en trocitos. ¡Te resultara más fácil su digestión!

Cortada la naranja en pedacitos, como en las ensaladas de frutas, el discípulo supuso que estaban dadas las condiciones para saborearla, cuando fue nuevamente interrumpido por su maestro:

—¡ Espera un minuto más! Si me permites introducirla en mi boca y masticarla por ti, te resultara más fácil tragarla y te ahorraras un arduo trabajo...

El discípulo comprendió que había recibido una nueva lección. Agradeció a su Maestro, y se retiró a reflexionar sin decir palabra y sin probar bocado.

Recuerdo que, por azar, se me asignó como tutora a Concha. Oscar, mi residente mayor, cuando me acompañaba por el pasillo camino de la consulta de Concha, la primera vez, me dijo... ¡ya verás, vas a aprender un montón!...No se equivocó.

Todavía me sonrío al recordarme mirando por encima del hombro de Concha nombres de medicamentos y luego apuntándolos en una libretilla... o las veces en que cuando la paciente se dirigía a la camilla para ser explorada hablábamos, nos susurrábamos tal o cual cosa y, la mayoría de las veces nos reíamos por lo bajo de las ocurrencias de Concha o de mis comentarios, mientras ella se atusaba el flequillo cuando la mujer en cuestión nos fulguraba con la mirada: entonces Concha, atusándose el flequillo, retomaba el control de la consulta... Nos lo pasamos bien, pero trabajamos mucho. ¡Esa madrileña chiquitilla era impresionante!: compaginaba su trabajo y su familia sacando

tiempo para los residentes, ¡¡y todo ello se le quedaba corto...!! se fue a Sarajevo de cooperante, o a Mogadiscio donde la tuvieron que sacar los cascos azules de prisa y corriendo. Durante ese tiempo, confió en mí y me propuso dejarme su consulta. Recuerdo que me dijo: "Juanito" si quieres soltarte creo que es una buena oportunidad... ¡confío en ti!

De mi tutora me quedan algunas de sus muchas mañas, como salir a la puerta de la consulta a recibir a la gente (¡y de paso, como siempre decía, a controlar la sala de espera!), el usar la bata como un instrumento más, y quitármela dependiendo de quien vaya a entrar en la consulta, o dejar de escribir, levantarme de mi "trono" -como lo llamaba ella-, rodear la mesa y sentarme junto al paciente para... Todavía no he olvidado poner DIUs, o sentarme en la cama de mis pacientes, o de utilizar la historia clínica, de escribir los palpitos que me dan los pacientes en las consultas, a hacer silencios en las entrevistas, a ser crítico, a...

Hace unos días, una amiga me preguntaba que qué era lo que más me apasionaba de mi trabajo. La verdad es que no supe que decirle en ese momento, pero se me venía a la cabeza, una y otra vez, la cara descubierta y confiada, ¡hasta ilusionada!, de mis pacientes cuando me confían sus cuitas, o cuando vamos dando pasos juntos: unas veces hacia arriba, logrando cositas (una mejoría, una abstención prolongada, una buena evolución de su enfermedad...), otras hacia atrás (un deterioro controlado, una mala noticia asumida, un síntoma que no terminamos de controlar...). ¡Eso fue lo que me enseñó Concha!

De aquellos años no guardo nada material, salvo una copia de unos pobres versos que alguien le regaló estando finalizando mi residencia con ella en el Centro de Salud del Palo y que, rebuscando, he logrado encontrar para compartirlos hoy con vosotros. Dicen así:

Es del Palo el que viste con flores al Santo del monte, allá en enero,  
o el que boga junto a la Virgen durante el verano.  
Del Palo es el que baila las coplas del Niño de las Moras,  
y el que con una pala desembarra la calle del Mar.

Del Palo es el que tira de la traya para sacar el copo,  
el que ayuda a varar las barcas cuando salta vendaval,  
el que sala anchoas en sus corralones,  
o el que lleva por sus calles el "pescao" en los cenachos.

Del Palo es el que acarrea chumbos en un canasto desde el lagar,  
el que compra aperos para su borrico junto al arroyo,  
el que pasea sus cabras por entre las cuevas  
o el que llena de la fuente su cántaro.

Pero sobre todo, es del Palo quien mira por su gente,  
chavea del ventorrillo o abuelo del rebalaje,  
el que huele su viento y sueña con sus olas;  
y es que, para ser del Palo, no hay que nacer entre el Gállica y el  
Jaboneros.

En fin, no quiero aburriros con mis recuerdos. A este puñado de amigos sólo quiero recordaros que todos tenemos maestros de quien aprender, y que la Dra. Fernández, Cocha, fue mi colega, mi tutora, y mi amiga... que Concha fue "mi sensei".

Juan Portillo.